

que en el Cristianismo se contiene toda la revelación.

Estas ideas de San Pablo difícilmente podían ser admitidas por los que en su amor á la raza semítica creían vinculada en su raza la dignidad privativa del sacerdocio; pues, según largas y no interrumpidas tradiciones, se estimaba á sí misma la raza predilecta y escogida por Dios entre todas las gentes del universo. Las ideas de San Pablo produjeron hasta una sublevación; se creía que levantar á los gentiles al lado de los judíos era lo mismo que levantar al lado del trono de Dios el trono de Satanás. Esta grave divergencia, esta lucha en el seno del Cristianismo, en las entrañas mismas de la Iglesia, no se podía resolver sino por la Iglesia misma; y entonces todos los labios pronunciaron á una la gran palabra, la palabra «Concilio.»

Entonces de los cuatro puntos del horizonte van á Jerusalem, como las semillas que arrastra en sus alas el viento, los apóstoles de la verdad y de la religión, llevando las señales del martirio y del sufrimiento en sus frentes, corona más envidiable que todas las coronas de sus perseguidores y de sus tiranos; y en pos de los apóstoles van nuevos sectarios, trofeos de sus victorias, más gloriosas que los trofeos de los conquistadores comprados á costa de mares de lágrimas y sangre; y la Iglesia universal se reúne con todos sus fieles;

y los que acaban de sacrificar en los altares griegos y de adorar divinidades paganas; los que en el Asia menor se han postrado de hinojos ante la naturaleza orgánica, ante los animales del campo; los sacerdotes de los mismos templos mosaicos que habían esperado en vano la venida del Mesías en la centelleante nube del Sinaí; los hombres manchados de sangre, que en el fondo de los umbrosos bosques del viejo mundo habían abierto las entrañas de víctimas humanas, y las habían arrojado al pie del ara como ofrenda grata á sus bárbaras divinidades, allí, limpios todos de sus antiguas manchas, de sus abominaciones, asistidos por el espíritu celeste, entierran el dios-naturaleza, rompen sobre su sepulcro las cadenas de las razas y de las castas, levantan el Dios uno del espíritu, y bajo su poderosa égida unen las inteligencias en una sola verdad, y los corazones en la ley divina del amor cristiano. (Estrepitosos y prolongados aplausos).

Señores: ¡hora bendita, hora bendita en la historia! ¡Qué consecuencias tan grandes va á tener en todos los tiempos, en toda la humanidad, este instante sublime del Cristianismo! Si los antiguos dioses caen y se precipitan en las entrañas de la tierra de que habían salido; si las fuerzas de la naturaleza dejan de aterrar al hombre y se convierten milagrosamente en fuerzas auxiliares de su poder; si el fuego del sacrificio en que ardían las

entrañas de tantas víctimas como una evaporación del espíritu y de la naturaleza, se apaga; si el ara manchada de sangre se quiebra; si la mente humana se purifica, y rasgando los toscos velos del mundo exterior, se arroba en contemplar á Dios en su eterno santuario; si la diferencia de las razas se concluye y sobre sus restos se levanta la humanidad, una en espíritu; si la tiranía de los poderosos no puede llegar hasta el secreto inviolable asilo de la conciencia humana; si las antiguas teocracias que comerciaban con el trabajo del hombre, ven interrumpido su inmoral festin; si huyen despavoridos, como las aves nocturnas á los rayos de la luz, los fantasmas que amedrentaban á los pueblos; si la ley moral y la ley religiosa son iguales para todos, lo mismo para el pobre que para el rico, lo mismo para el esclavo que para su señor, lo mismo para el vasallo que para su rey; si se realizan las sucesivas emancipaciones de todos los siervos, que desde su condicion de cosas, conquistan su condicion de hombres; si un ideal de justicia aparece al frente de las sociedades, ideal que realizan todas las generaciones en el espacio y en la historia; si se ven tantas maravillas que no habian soñado las antiguas sociedades, ni aun los mismos filósofos antiguos, se debe á la eficacia divina, salvadora, incontrastable del Cristianismo. (Entusiastas aplausos).

El antiguo mundo va echando de ver, por los

días que historiamos, que el Cristianismo no solo es una revolucion religiosa, sino que es tambien una revolucion política, una revolucion social. Los tiranos de la tierra, los sacerdotes de los antiguos cultos, los magistrados de la vieja sociedad, todos los que librabán algun interés en la conservacion del ruinoso paganismo, desatan sus iras contra los apóstoles de la nueva religion. De estos, unos huyen á los desiertos y allí difunden la palabra divina; otros se refugian en las islas, y allí levantan iglesias; muchos huyendo de las ráfagas de la tempestad, recorren dispersos y errantes la faz de la tierra, dejando por donde pasan la huella inextinguible de su luminosa idea; y los más bajan á los calabozos, y en los calabozos redimen almas; van al tormento, al martirio, y en el tormento, en el martirio logran los principales triunfos de la religion cristiana.

En esta gran obra de la propagacion universal del Cristianismo, precisa ver el papel que representan San Pedro y San Pablo. San Pedro es el sacerdote semita, San Pablo el soldado romano; San Pedro es la reflexion, San Pablo el amor; San Pedro el instinto de conservacion, San Pablo el instinto del progreso; San Pedro quiere la obra lenta, pero segura; San Pablo la quiere universal y rápida; San Pedro trabaja con más detenimiento, San Pablo con más entusiasmo; los dos, aunque en la forma se diferencian, se completan en

la esencia, porque sin San Pedro la propagacion del Cristianismo hubiera sido indecisa, y sin San Pablo hubiera sido lenta; el apóstol de las gentes ganaba innumerables almas, y el príncipe de la Iglesia las recogia en su seno, y sellaba su alianza con Dios por medio de su inefable autoridad. (Aplausos.)

Por fin, señores, en esta gran obra de la propagacion universal del Cristianismo, los cristianos llegan á Roma. Confundidos allí primero con los judíos, fueron tolerados; distinguiéndose despues de los judíos, fueron perseguidos y acosados. Entonces buscaron en el seno de las entrañas de la tierra el asilo que les negaba el corazon de los hombres. En el fondo de las catacumbas, lejos del estrépito del mundo, la vida de los cristianos era esencialmente religiosa, su sociedad una verdadera primitiva república; sus corazones todos se unian en un mismo sentimiento, sus inteligencias en una misma fé, sus fuerzas en un sólo trabajo, sus propiedades en un fondo comun; el gobierno era hijo de la eleccion de todos; los sacerdotes los más virtuosos, los jueces los más ancianos; sus leyes políticas las máximas del Evangelio; su esencia social el amor que á todos igualaba; la oracion se celebraba á un tiempo, entonando un cántico todos los labios; la comida á una hora prefijada, y antes de comer se daban todos un ósculo de paz; allí no habia distinciones ni privi-

legios sino para el desgraciado, para el desvalido, para el enfermo; prueba evidente de que destruido aquel primer espíritu griego que habia hecho suyo el genio del derecho, la Providencia que no quiere que la sávia del mundo se acabe, enviaba el eterno espíritu religioso, sobre el cual habia de bajar siempre el aliento de Dios. (Aplausos.)

Señores: puesto que hemos visto llegar los cristianos á Roma, es necesario ver el estado de la Ciudad Eterna en este tiempo. Ya presentamos en nuestra leccion cuarta la imágen de Calígula. Un dia Calígula iba en su litera al teatro. Unos hombres que soñaban con resucitar la antigua sociedad, le asesinan, dándole treinta hachazos en la cabeza.

Sabida la violenta muerte de Calígula, la guardia pretoriana se indigna; los soldados germanos se aparecen por las calles dando espantosos ahullidos, hiriendo y matando á todos los ciudadanos que encuentran al paso, y despues van al teatro á presentar las sangrientas cabezas de sus víctimas al aterrado pueblo; los magos, los bufones, las prostitutas, todos los amigos del Emperador difunto (risas) agitando teas en las manos, quieren quemar á Roma en holocausto á los manes de su señor; el senado se congrega en su templo y pronuncia balbuciente la palabra «libertad;» la muchedumbre, á las puertas del senado, pide un amo, un dueño, pide cadenas; y al

mismo tiempo que esta gran tempestad se desata por calles y plazas, los libertos y algunos soldados encuentran detrás de una cortina, en un rincón del palacio, á un individuo de la familia imperial, á uno de los pocos que quedaban despues del envenenamiento de Germánico y de la muerte del jóven Druso que espiró de hambre en un calabozo, royendo hasta la tela y lana de los colchones de su pobre lecho; encuentran, decia, los legionarios y libertos á un imbécil que estaba temblando detrás de una cortina, y le hacen salir mal de su grado, le arrojan un manto de púrpura en los hombros, le colocan en una donada litera y lo llevan al campo de Marte, y del campo de Marte al foro, y del foro al senado, diciendo: ya tenemos señor, ya tenemos amo; y pueblo y ejército y senado caen de hinojos ante el nuevo imbécil tirano, que no hay cosa que degrade y envilezca tanto en la tierra como el hábito de la servidumbre. (Estrepitosos aplausos.)

¿Quién era este hombre de súbito ascendido al poder? Se llamaba Claudio. Un palafrenero le habia criado ni más ni ménos que si fuera un caballo (risas); su madre le menospreciaba, y cuando queria extremar la imbecilidad de alguno, decia: es tan imbécil como mi hijo Claudio; su abuela no le habia mirado ni una sola vez á la cara; su tío Augusto, tan solícito con toda su familia, le mentó en un rincón de su testamento, dejándole algu-

nos miserables sextercios; Tiberio le despreciaba y le aborrecia Calígula, y sin embargo, era Emperador y pasaba su vida de esta suerte; la mayor parte del dia jugaba á los dados ó escribia gramáticas, ó recitaba versos griegos; salia despues para ir á los tribunales, donde se sentaba dando sentencias muy donosas, y entre otras, recuerdo una respuesta que dió á varios ciudadanos que se quejaban de que los senadores comerciaban con su voto; ¿para qué lo quieren, decia, sino para venderlo? y cuando más engolfado estaba en estos asuntos, si oia la hora de comer, se levantaba, aunque se hallase en los más solemnes instantes de un juicio, se dirigia á su palacio, donde le aguardaban copas como cántaros, mesa opulenta y gigantesta, platos ciclópeos, en que cabia entero un buey (risas), y se daba á comer más de lo que pedia su voraz apetito, su insaciable gana, hasta que levantándose de la mesa, pasaba á otra estancia donde recibia, ó durmiendo ó durmiendo, los embajadores de todas las naciones, los procónsules de todas las provincias, los cuales iban con los dedos llenos de anillos para repartirlos entre los libertos, porque de otro modo no podian ganarsé la voluntad de Claudio; hombre desgraciado, que como dice un historiador, cuando queria dibujar en sus labios placentera sonrisa, lanzaba enorme carcajada epiléctica; cuando queria pronunciar un elocuente discurso,

tartamudeaba, y no habia manera de que empezara su oracion; cuando se daba aire marcial é iba á las revistas militares, al ver brillar una espada, lanzaba un grito agudísimo de horror, pálido y trémulo de miedo á la muerte; juguete de su mujer, que le obligaba á matar á los amantes que la habian alguna vez desdeñado (risas); criado de sus libertos, que comerciaban con su poder; esclavo de sus esclavos, y sin embargo, dueño de la tierra, amo de todos los hombres; imágen viva de lo que es el despotismo. (Ruidosos y prolongados aplausos.)

¿Qué mujer tenia aquel hombre? Es necesario que conozcáis el matrimonio, para convenceros del estado de las costumbres en Roma, y de la necesidad que habia de que el Cristianismo, ese soplo del cielo, renovara la vida del espíritu, y nuevos pueblos vinieran á cicatrizar con el hierro y el fuego tan cancerosas llagas. La mujer de Claudio, ya lo sabeis, señores, se llamaba Mesalina. Como Claudio tenia el vicio de la glotonería, Mesalina tenia el vicio de la concupiscencia. Quisiera tener á mano Tácito para leer el cuadro de la muerte de esta mujer. No se ha escrito nada más trájico en ninguna lengua humana. Ya os he dicho el vicio de que padecia Mesalina. Así que su marido conciliaba el sueño, la emperatriz abandonaba el lecho, salia de la cámara nupcial de puntillas, y seguida de una esclava, se iba por

las calles de Roma en pós de vergonzosos placeres. El sentido torpe y desordenado de aquella mujer se embriagó, se enfureció de amor torpe y desordenado tambien por un mancebo hermosísimo de alta alcurnia, que se llamaba Silio. Mesalina no se contentaba con un fácil adulterio; á pesar de hallarse casada, queria casarse tambien con Silio. Este pedia á su deshonrosa amante el Imperio, la muerte de Claudio, demanda á que Mesalina se negaba, no por falta de voluntad, sino por temor de que, ya emperador, Silio despreciara, por asco ó por remordimiento, á la mujer infame que tan vergonzosamente le habia elevado al trono de la tierra. Silio no amaba á Mesalina, pero accedia á sus ruegos, y se doblaba á su pasion, por la seguridad que tenia de que no abrazar á Mesalina era abrazar á la muerte. El miedo es el gran agente de una sociedad corrompida y gastada. Un dia que Claudio se fué á Ostia, se celebró el matrimonio de Mesalina y Silio á la vista del senado, del pueblo, del ejército. El dia de su partida, Claudio mismo firmó el contrato matrimonial de su mujer (risas) ignorando en verdad lo que firmaba. El matrimonio se celebró en un hermoso jardin; Mesalina se prendió el velo de azafran de las vírgenes, la corona griega de sésano; el tálamo nupcial fué expuesto á la vista de todos, cubierto ricamente con púrpura de Tiro, sembrado de flores, y colo-

cado bajo las áureas alas de un casto génio nupcial. Mas Mesalina ignoraba la tempestad que iba á descargar sobre su frente. Se habia desavenido de sus libertos, y esto la perdió. Mesalina habia matado á uno de sus libertos, su amante en otro tiempo, y le habia matado porque era para ella insoportable remordimiento. Narciso, compañero del muerto, cuyo nombre ahora no recuerdo, fué á Ostia, y le reveló á Claudio la tremenda escena del casamiento de Mesalina. Claudio, indignado, se volvió á Roma, con ánimo resuelto de matar á todos los amantes de su mujer. Era una tarde hermosísima de otoño. Mesalina estaba en un jardín en los alrededores de Roma; los labradores vendimiaban las cepas, recogian las uvas y las arrojaban al lagar, donde corria en turbias ondas el oloroso mosto; la emperatriz, vestida de bacante, con la sien cubierta de yedra y pámpanos, el cuerpo envuelto en pieles de tigre, los borzeguies de púrpura, y el áureo tirso en la mano, corria por los bosques, gozosa, acompañada de sus esclavos, seguida de Silio desnudo, entregándose con desenfreno al vicio y al placer. Cuando más olvidada estaba de Claudio, supo la nueva fatal de que Claudio sabia su matrimonio y sus amores. Silio abandonó á Mesalina y se fué á Roma para evitar las sospechas del emperador. Mesalina huyó del jardín en un carrillo que servia para conducir estiércol, y se refugió en los huér-

tos de Lúculo. Silio pagó su culpa. El emperador quiso perdonar á Mesalina, y aun dió el perdon, pero el liberto mandó que la mataran. El emisario de Narciso fué á matar á la emperatriz á los huertos de Lúculo. Mesalina estaba tendida en el suelo, su madre se encontraba á su lado. Esta mujer, que habia abandonado á su hija cuando su hija estaba en el trono de la tierra, buscaba llorosa á su hija en el instante en que su hija solo podia esperar en la tierra un afrentoso suplicio. Mesalina tenia miedo á la muerte. El emisario insultándola le dió á escoger entre suicidarse ó morir á sus manos. Mesalina arranca á su verdugo la espada, quiere atravesarse la garganta, pero falta de valor deja caer la espada en tierra. Entonces coge la espada el liberto, y con furia la parte el corazon. Mesalina, exhalando el alma en un agudo quejido cae exánime en el regazo de su madre.

Claudio un dia al sentarse á la mesa preguntó por Mesalina. Entonces se acuerda de que es viudo, y piensa en contraer de nuevo matrimonio, porque no se halla bien con aquella incondicional libertad. El dueño del mundo necesitaba un dueño. Los libertos se dividen, y presentan varias mujeres al emperador. Por fin su deseo se fija en su parienta Agripina. Este matrimonio era á los ojos de la ley romana un incesto. La ley le importaba poco al emperador, y se casa. Agripina es

tan desordenada en su vida como la emperatriz anterior, pero en su alma hay más grandes pasiones. Mesalina solo sentia la concupiscencia; la nueva mujer de Claudio sentia tambien la ambicion. Su crueldad era más atroz aún que la crueldad de Mesalina, pero la ejercitaba por ménos livianos motivos. Los celos, no del amor, sino del poder, embargaban mucho su ánimo. Agripina era una emperatriz en la verdadera acepcion de la palabra: nacida en los campamentos, entendia de guerra; criada en los palacios, entendia mucho de política; y en aquellos tiempos en que comenzaba la emancipacion doméstica de la mujer, como prediciendo la emancipacion cristiana, Agripina recibia á los embajadores, dictaba órdenes al senado, presidia los consejos de su esposo y tomaba en sus manos como si fuera un dize de su tocador, el cetro, sobre el cual giraba como sobre su eje la tierra. Ambicion inmensa, anhelo de poder, sed de oro, hambre de venganza, crueldad calculada, deseos vergonzosos, el amor de la leona á su cachorro, á su hijo. Estas eran las cualidades de Agripina. Sobre todo deseaba que Domitio Neron, su hijo, fuera el sucesor de Claudio contra los derechos de Británico. Pero necesitaba dos elementos: primero, el amor de su marido, segundo, mucho oro. Agripina no se para en obstáculos ni en miramientos. Mata á un rico, porque poseía una casa de campo que Agripina deseaba

poseer; destierra á una jóven, porque Claudio habia alabado su hermosura; y así á todo personaje rico, á toda mujer bella, á todos los rivales á quienes puede alcanzar su brazo, los sacrifica á su despiadada ambicion. Sus ojos, sobre todo, estaban puestos en Británico, el hijo de Claudio, el heredero de su nombre, tal vez de su poder. Para conjurar este mal, Agripina casa á su hijo, á su Neron con Octavia, hija de Claudio. Ya antes habia conseguido que el emperador adoptase por hijo á Neron. Por fin, cuando todo está en sazón, Agripina envenena con un veneno lento á su marido. No vé al pueblo muy dispuesto á doblegarse ante Neron, y oculta la muerte de Claudio. El cadáver del emperador está frio en su lecho; Agripina lo cubre muy bien, y llora desolada, hasta que teniendo una legion amiga de guardia en el palacio, pronta á proclamar emperador á Neron, se anuncia oficialmente la muerte de Claudio. Agripina retiene en su poder al hijo de su marido, y hace que se presente su hijo Neron á las legiones y al senado, que lo proclaman emperador.

Dulce, tierno, sencillo, de corazon femenil y compasivo, si no hubiera padecido la enfermedad de la tiranía, si no hubiera apurado el veneno del poder absoluto, acaso hubiera sido recto padre de familias, amoroso hijo, buen hermano, buen amigo, tal vez modesto pero inteligente artista; mas

levantado á la cúspide verdadera de la tierra, sentado en el único trono del mundo, déspota, viendo á sus plantas en el polvo todos los hombres; lleno su corazón, satisfechos sus deseos, y deseando al mismo tiempo, pues el deseo es la actividad infinita del alma, y careciendo hasta del sentimiento religioso, que podia llevarle á espaciarse en el cielo, aquel pobre jóven, digno en verdad de toda nuestra lástima, se enamora de lo absurdo, de lo maravilloso, de lo imposible, y lega á la historia como un gran castigo la demolición total de la sociedad de su tiempo con todas sus gastadas instituciones; y así destroza la familia, pues ahoga en un baño hirviendo á su mujer Octavia, resplandeciente de gracia y hermosura, y mata á su segunda mujer Popea, de un golpe en el vientre, y á su hermano Británico; destroza la propiedad, pues el campo de un cónsul lo entrega á un histrion, la casa de un senador á un flautista, el inmenso botin de las confiscaciones á sus libertos, á sus prostitutas; destroza las artes, pues ahoga entre sus brazos todo genio capaz de eclipsar su gloria; destroza los últimos restos de la aristocracia, pues hace bajar cuatrocientos patricios al circo á que diviertan al pueblo en juegos de gladiadores; destroza la religion, pues profana las vestales, se baña en la fuente Marcia reservada para los dioses, y tapia la caberna de donde exhalaba su voz el misterioso oráculo de Delfos; y en su des-

precio á la humanidad, en su amor desenfrenado á las artes, en su pasión por sí mismo, en su atroz guerra contra el cielo, cree que no hay en el mundo ni más guerrero que Neron, ni más cómico que Neron, ni más tañedor de cítara que Neron, ni más hombre que Neron, ni más Dios que Neron, queriendo como todos los déspotas cubrir con la sombra de su poder todos los espacios de la tierra y la inmensidad de los cielos. (Aplausos.)

Y para que más conozcais las costumbres de este tiempo, así como antes os he pintado el matrimonio imperial de Claudio y Mesalina, quiero pintaros ahora el respeto, el amor, con que Neron trataba á su madre Agripina. Sabeis, señores, que Agripina amaba con delirio á su hijo Neron. Sabeis también que Agripina, por su fuerza de voluntad, ejercía un poder desmedido en el palacio y aun en el senado. Neron creía que no reinaba mientras viviese su madre. ¿Quién me libertará de esa vieja? decía todos los días, á todas horas. Agripina conocía demasiado el desamor, el odio que le profesaba Neron. Una noche volvía la emperatriz por el mar de visitar á su hijo, con el cual habia pasado toda la tarde. Las estrellas lucían tranquilas, y la superficie del mediterráneo ligeramente rizada por la brisa, reflejaba el celeste firmamento. Deslizábase tranquila y majestuosa la imperial galera por las aguas; y Agripina muellamente reclinada en orientales cogines, dejando

errar la mirada por el alegre cielo y las tranquilas ondas, se gozaba en hablar con sus esclavas, y recordar que su hijo la habia festejado por estre-mo aquel dia, dándole al despedirla besos en los ojos, como si quisiera besar el alma de su madre. Cuando más embebida estaba en estos coloquios, se oye gran estrépito; la galera se abre, Agripina se unde en las aguas. Mas su arrojo la salva, y llega á nado, cortando las olas con su brazo, á la tranquila orilla. Allí oye los lamentos de sus esclavas que perecen; los gritos de los marineros, que á golpes de remo persiguen las cabezas femeniles que sobrenadan, queriendo quebrar el cráneo de Agripina. Este espectáculo la revela todo lo que significaba aquel horrible naufragio. Su hijo, su idolatrado hijo se le aparece como en vision aterradora, disponiendo la muerte de su madre. Aquella revelacion es una muerte anticipada; más que la desgracia la aflige la ingratitud del monstruo. Agripina corre á refugiarse á su casa de campo. El pueblo sabe el naufragio, y con antorchas encendidas va clamando por la hija de Germánico, por la madre de Neron. Este sabe que su madre se ha salvado. Entonces el emperador teme que subleve á sus esclavos y que pretenda castigar su crimen; llama á Aniceto, que habia preparado el naufragio, y le manda prontamente dar la muerte á la que le habia dado la vida. Aniceto se dirige á la quinta, llama, entra. Agripina está en la ca-

ma. El pueblo, que tanto se habia interesado por ella, huye; hasta sus esclavas la abandonan. Todo es soledad y silencio alrededor de aquella agonía. Agripina vuelve los ojos á la puerta, y ve entrar al emisario. ¿Quiere saber de mi salud mi hijo? Entonces un esclavo le dá un fuerte golpe con un palo en la cabeza. Agripina, quitándose la ropa que le cubre, y enseñando desnudo el vientre, dice: hiere, hiere aquí, donde he llevado al monstruo. Y espira á los frios golpes de las espadas.

¿Qué esperanza le resta á una sociedad donde tales crímenes se cometen? Séneca, el filósofo estoico, entona alabanzas en loor del parricida; Burro, su maestro, le felicita; el senado arroja maldiciones sobre el frio cadáver de Agripina y bendice al emperador; los sacerdotes queman incienso en el ara por haber los dioses emancipado al divino Neron; las ciudades de la Campania celebran alegres fiestas; el pueblo mismo, cuando Neron vuelve del campo, se apiña en las calles, arroja flores á su paso, le saluda con aclamaciones nunca oidas, le acompaña hasta el Capitolio, donde sube á consagrar su crimen á la silenciosa divinidad tutelar de Roma, y mientras todos se alegran, el cielo, las lejanas riberas, los campos, los jardines, las calles de Roma, sus palacios, recuerdan al empedernido corazon del emperador la imagen de su madre, y crueles remordimientos le persiguen, como las furias á Orestes; y aunque intenta

ahogar sus penas, sus dolores, sus remordimientos, en vino, en deshonorosos placeres, en vergonzosas orgías, recrudece más el mal que devora su cancerosa naturaleza.

Apartemos nuestra vista de estos horribles cuadros; mas, señores, la aflicción es tanta en este tiempo que no podemos dejar de fijarlos en cuadros aun más espantosos. Un día Neron quiere gozar de un espectáculo estético, quiere ver á Roma ardiendo, á la gran ciudad entre las llamas; el incendio comienza, el fuego devorador se extiende por calles y plazas; el crugido de las maderas que arden, de los edificios que se arruinan, el viento alimentando el fuego, los bosques, los jardines presa de las llamas, los templos desplomándose, las víctimas que pueblan con sus gritos los aires, los lamentos, los lloros de los que ven arder su familia, su fortuna, su riqueza; el cielo cubierto de humo que oculta entre sus negras nubes las estrellas, el río reflejando en sus aguas la rojiza lumbre, todo lo antiguo, todo lo viejo, desapareciendo al son de la lira del emperador, que calzado el coturno y vestido de trájico, canta la ruina de Troya y la dispersión de los troyanos; todo esto forma un espectáculo digno de Neron. Mas ¿quién será el responsable de este incendio? ¡Ah! en el fondo de la sociedad hay unos miserables contra los que puede muy bien la ira del pueblo ensañarse, los cristianos.

En tiempo de Neron empieza á cebarse el viejo mundo en la persecución de los cristianos. Estos hombres, judíos según unos, magos según otros, aborrecidos del mundo, según Tácito; estos hombres, á quienes tantos crímenes achacaban sus perseguidores, pues se decía que en sus conferencias secretas profanaban los sepulcros y bebían sangre humana; estos hombres, venidos á salvar al mundo, eran blanco de general persecución y pagadores de todas las culpas, como sucede siempre en la historia á todos los que inician una gran idea; y si no llovía, los cristianos eran los culpables porque tenían dolorido ó irritado con sus abominaciones al cielo; si llovía demasiado, los cristianos eran los que habían atraído sobre la tierra aquellos torrentes, porque el cielo quería ahogarlos; si Neron por gozar de un espectáculo estético incendiaba á Roma, los cristianos eran los incendiarios (risas y generales aplausos); y unos fueron arrojados, cubiertos de pieles frescas, á la voracidad de perros hambrientos y rabiosos, otros colgados de un palo que les atravesaba la garganta; otros cubiertos de resina, de pez, eran encendidos vivos por la noche, y servían de antorchas para iluminar los jardines del Emperador; y mientras su sangre caía hirviendo sobre la arena y los gemidos de su agonía poblaban los aires, el tirano volvía del circo, del teatro, en su carroza de marfil, entonando alegres cánticos y riéndose